

La piedra: ora pro nobis.

(La piedra, la sombra, el arco).

La piedra: ora pro nobis.

(El aldabón del lagarto)

La piedra: ora pro nobis

(La estrella bajo la mano)

La piedra: ora pro nobis.

(El cielo curvado y bajo)

La piedra: ora pro nobis.

(Palmera, lechuza y gato)

La piedra: ora pro nobis.

(Cuentas de piedra el rosario)

La piedra: ora pro nobis.

(Imprevisto tanto y llanto)

Ora pro nobis: amén.

Sobre la piedra los años.

JESÚS DELGADO VALHONDO



GALERIA DE LITERATOS Y PENSADORES

Cáceres en la poesía de Unamuno

CL hecho de celebrarse este año el centenario del nacimiento de don Miguel de Unamuno y Jugo —acontecimiento que se conmemora por disposición del Gobierno Español— y sus andanzas, su peregrinaje lírico por la Alta Extremadura, nos mueven a decir a los lectores algunas cosas relacionadas con la fuerte personalidad y su dedicación a esta parcela.

Don Miguel nació en Bilbao el 29 de Septiembre de 1864. Estudió en Bilbao y en Madrid. Cursó la carrera de Filosofía y Letras y en 1891, obtuvo la Cátedra de Griego de la Universidad Mayor de las Españas. A principio de siglo, en 1901, fue nombrado Rector de la misma.

A lo largo de su vida hasta el 31 de Diciembre de 1936, en que don Miguel se extinguió, todo su intenso actuar y batallar —«duro bregar», diría él en los versos inmortales de su epitafio— se desarrolla en Salamanca a la sombra de los muros venerables de la plateresca ciudad del Tormes.

Fue la de don Miguel una existencia fecunda, henchida de trabajo, una obra de las más fecundas de bagaje intelectual fruto de su impar autor lleno de inquietudes —las nobles inquietudes y pasión por España— como es justo reconocer.

Mente privilegiada, Unamuno abarcó toda las facetas, todos los géneros literarios con su valía extraordinaria. Fue sabio catedrático, pensador, ensayista, poeta, novelista, autor teatral, etc.

De niño leíamos en las «Joyas Literarias», de las que era autor el pedagogo catalán Félix Martí Alpera, que don Miguel de Unamuno —como él mismo decía— no tenía biografía externa y, sin embargo, cuánto se podría decir de él. Su historia se puede escribir en poquitas palabras. Pero hablar de su obra, de su enorme y fecunda labor de sabio, de pensador, literato, ya es otra cosa.

Con motivo de la aparición de su libro «Vida de don Quijote y

Sancho», el Príncipe de nuestros poetas, el gran Antonio Machado, saludaba con estos versos a don Miguel:

Este don quijotesco
don Miguel de Unamuno, fuerte vasco,
lleva el arnés grotesco
y el irrisorio casco
del buen manchego. Don Miguel camina,
jinete de quimérica montura,
metiendo espuela de oro a su locura,
sin miedo de la lengua que malsina.

A un pueblo de arrieros,
lechuzos y tahures y logreros
dicta lecciones de caballería.
Y el alma desalmada de su raza,
que bajo el golpe de su férrea maza
aun duerme, puede que despierte un día.

Quiere enseñar el ceño de la duda,
antes de que cabalgue, al caballero;
cual nuevo Hamlet, a mirar desnuda
cerca del corazón la hoja de acero.

Tiene el aliento de una estirpe fuerte
que soñó más allá de sus hogares,
y que el oro buscó tras de los mares.
El señala la gloria tras la muerte.
Quiere ser fundador y dice: Creo;
Dios y adelante el ánimo española...
y es tan bueno y mejor que fué Loyola:
Sabe a Jesús y escupe al fariseo.

El que esto escribe no intenta ni mucho menos abordar toda la personalidad de Unamuno y su gran obra. Sólo quiere circunscribirse a cuanto se relaciona del genial vasco con la Alta Extremadura.

Don Miguel llegó a la provincia de Cáceres al comienzo de la centuria y dejó sus impresiones de Guadalupe, Yuste, Trujillo y Las Hurdes, que aparecieron, primero, en Buenos Aires y, después, tales sensaciones las recogió en sus volúmenes «Por tierras de Portugal y de España», y «Andanzas y visiones españolas».

Unamuno visitó Cáceres por primera vez en 1908 y dedicó a la heráldica ciudad un poema de 52 versos, fechado el 13 de Junio de

1908, que ha estado inédito hasta hace unos años que lo publicó el prestigioso profesor de la Universidad de Salamanca, don Manuel García Blanco, en la revista «Papeles de son Armadans» —de singular importancia en la literatura de nuestros días— que fundó y dirige en Palma de Mallorca, el ilustre novelista y académico, Camilo José Cela.

García Blanco está consagrado a Unamuno, a divulgar todo lo concerniente al inclito literato y pensador y la proyección universal de su obra. Bien lo acredita en los «Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno», en los que recoge exhaustivamente todo lo relativo al ibérico consumado.

He aquí el poema unamuniano:

Y así pasan las horas,
paso a paso,
al pie de las torres
donde se alzan, centinelas de modorra,
las cigüeñas
de Cáceres.

Su cielo de fuego
recorren palomas, aviones, cernicalos,
y la gente
paso a paso
come, bebe, duerme,
se propaga.

El porquero congrega a los puercos
de mañana,
los suelta de tarde
y se van calle arriba buscando
cada cual su morada.

La plazuela en que alfombra
la yerba las piedras
recoge la sombra
solitaria
del viejo palacio
de escudos y rejas,
antaño boyante y hogaño ya lacio
que al cielo de fuego dormita su siesta

y a la tarde
descalzas y en pelo

— arracadas enormes,
gargantillas de oro —
en bandas uniformes
van las mozas cual vencejos
a la fuente del Concejo
chachareando.

Si subís a la Montaña
en redondo
soledadas desoladas
a que azota el sol desnudo
en crudo.

Sólo queda como abrigo
contra el sol que escalda el suelo
el casino.

Se habla allí de caza y jacos,
de mujeres,
de lo mismo de que hablaban hace siglos
los señores que habitaron con sus perros
los palacios hoy vacíos.

Se habla allí de caza y jacos,
de mujeres
y se juega.

Y así van las horas,
paso a paso en Cáceres.

«Ha pasado casi medio siglo — escribe el profesor García Blanco en su trabajo «De las andanzas de Unamuno por tierras extremeñas». «Un recuerdo poético inédito»— desde que esta visión fue trazada y sinceramente creemos que sigue estando animada por el triple encanto de las cigüeñas, consustancial hoy como antaño de la torreada silueta de la capital extremeña; la sombra solitaria de sus viejos palacios, y ese perfil animado y humano de mozas en la fuente. No es otra la egregia misión de la poesía: la de salvarnos para siempre la viva emoción de lo que el poeta vió y acertó a sentir.

Cáceres figura poéticamente entre las ciudades que llamó Unamuno de nombres de cuerpo entero. Cáceres está incluida entre los nombres de las ciudades «poetizadas por el oído».

«Ávila, Málaga, Cáceres,
Játiva, Mérida, Córdoba,

Ciudad Rodrigo, Sepúlveda,
Ubeda, Arévalo, Frómista,
Zumárraga, Salamanca,
Turégano, Zaragoza,
Lérida, Zamarramala,
Aramendiaga, Zamora,
sois nombres de cuerpo entero,
libres, propios, los de nómina,
el tuétano intraducible
de nuestra lengua española.

Unamuno visitó otras veces Cáceres y cambió impresiones con sus antiguos alumnos que aquí ejercen sus profesiones, algunos de los cuales nos evocan con gran satisfacción las palabras del maestro y sus recuerdos y añoranzas de la época estudiantil en Salamanca, escuchán-doles entusiasmados y seducidos por el encanto de su monólogo.

La interesante faceta de la intimidad de Unamuno ha sido estudiada por un ensayista cacereño, Francisco Marcos López—colaborador de ALCANTARA, donde ha publicado ensayos sobre el gran escritor—que tan alta labor hispánica lleva a cabo ahora en Guatemala, habiendo pronunciado varias conferencias, entre las que citamos a estos efectos «La intimidad angustiada de Miguel de Unamuno».

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

1965.

PENSAMIENTOS

Quien perdió la fe, no puede perder ya más.

PUBLILIO SIRO

El que no ama ya está muerto.

SAN JUAN

Nadie quiere a una mujer porque ella tenga tal edad, porque sea hermosa o fea; se ama porque se ama.

BALZAC